

con todo mi poder. Á Dios sea la gloria de todo. Amén. Roma, año de Jesucristo 1545, día 23 de Noviembre á la hora diez y ocho y media [es decir, á eso de las doce y media del día]» (1).

Siguióse á este acto una increíble consolación del alma, y hasta notable alivio en la salud. Cuando San Ignacio oyó el voto que había hecho el ejercitante, se alegró muchísimo, dándole á entender que ya le había ocurrido á él semejante remedio contra aquellas tentaciones; pero que no había querido sugerírselo, para dejarle en mayor libertad de elegir lo que tuviera por conveniente á la mayor gloria de Dios. El día 29 de aquel mismo mes de Noviembre fué Nadal recibido en la Compañía.

(1) «*In nomine SS. Trinitatis, Patris, Jesu Christi et Spiritus Sancti, definio et propono sequi consilia evangelica cum votis in Soc. Jesu, et animo paratus sum facere quae ad illam attineant, etiamsi velint ut statim voveam, et hoc cum summo timore et tremore Dei et Dni. N. J. C. et ipsius summa qua in me usus est misericordia, voveo tota anima, tota voluntate, tota virtute. Sit gloria. Amen. Romae, anno Dni. 1545, die 23 Novemb. hora 18 cum dimidio, cum fuisset in exercitiis 18 dies.*»

CAPÍTULO II

EDUCACIÓN RELIGIOSA QUE DABA SAN IGNACIO Á SUS HIJOS

SUMARIO: 1. Cómo les enseñaba á santificarse á sí mismos. *a)* Oración que hacía por ellos. *b)* Ejercicios espirituales. *c)* Obras de humildad y penitencia. *d)* Peregrinaciones y hospitales. *e)* Obediencia perfecta. — 2. Cómo les enseñaba á santificar á los prójimos. *a)* Ejemplo de toda virtud. *b)* Vida común en lo exterior. *c)* Modestia singular. *d)* Ánimo y confianza en Dios. *e)* Circunspección y respeto á todos, principalmente á los superiores eclesiásticos y seculares.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*. — 2. Cámara, *Memorial*. — 3. *Regestum litt. S. Ignatii*. — 4. *Memorie varie circa S. Ignazio*. — 5. *Constitutiones S. I., latinae et hispanicae*. — 6. *Instrucciones, 1546-1582*. — 7. Ribadeneira, *Tratado del gobierno de nuestro P. Ignacio*. — 8. *Epistolae mixtae*. — 9. Castro, *Historia del colegio de Alcalá*.

1. Tales eran los hombres que Dios llamaba á la Compañía y ponía en manos de Ignacio para asentar los fundamentos de toda la Orden, y de un modo especial para dar principio á la Asistencia de España. Y ¿cómo los instruía y educaba el santo patriarca para pelear las batallas del Señor? Esto procuraremos declarar brevemente en este capítulo. Indicaremos primero cómo los enseñaba á santificarse á sí mismos, y después, cómo los industriaba para santificar á los prójimos.

a) La primera diligencia que tomaba Ignacio para educar á sus hijos, como para cualquier otro negocio del servicio divino, era la fervorosa oración. Oraba Ignacio infatigablemente por sus hijos, sobre todo cuando los veía en alguna grave tribulación. «Cuando alguno estaba, dice Ribadeneira, notablemente tentado y afligido, hacía mucha oración y penitencia por él, y á uno de los primeros compañeros conservó en la Compañía, estando para dejarla, ayunando tres días sin comer bocado, y haciendo oración por él» (1).

b) Después de la oración, el medio fundamental que tomaba el santo para formar en el espíritu á los admitidos en la Compañía, era

(1) *Tratado del gobierno de N. P. Ignacio*, c. III. Suponemos que aludirá Ribadeneira al P. Simón Rodríguez, quien, á consecuencia de los sucesos que más adelante referiremos, estuvo en peligro de perder la vocación el año 1554. (Véase *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 185 y siguientes.)

el darles con todo detenimiento los Ejercicios espirituales. Este medio, tan fecundo siempre en buenos resultados, produjo en aquellos primeros Padres transformaciones maravillosas, y ya en el mismo tiempo de hacer los Ejercicios practicaban actos de virtud que verdaderamente asombran. Copiaremos para prueba lo que el mismo San Ignacio refirió al P. Luis González de Cámara el día 1.º de Abril de 1555: «Hablando el Padre conmigo de los Ejercicios del abad (1), me dijo lo que se sigue. Primeramente, que ahora ya no valía nada, hablando del rigor con que se daban los Ejercicios al principio; que entonces ninguno los hacía que no estuviese algunos días sin comer (*nemine tamen persuadente*), y que ahora esto no se atrevería á consentillo más de un día á algún sujeto recio, aunque de lo pasado no tenía algún escrúpulo. Todos los primeros Padres hicieron los Ejercicios exactamente y apretados, y el que menos abstinencia hizo, estuvo tres días sin comer ni beber ninguna cosa, excepto Simón, que por no dejar sus estudios y no andar bien sano, no dejó su casa ni hizo ninguno destes extremos, sino que le daba el Padre las meditaciones, etc. Fabro hizo los Ejercicios en el arrabal de San Jaques, en una casa á mano izquierda, en tiempo que el río Sena se pasaba con carretas por estar helado; y aunque el Padre tenía esta advertencia de mirar en los labios, si se pegaban, para conocer si no comía el que se ejercitaba, cuando examinó á Fabro halló que ya había seis días naturales que no comía ninguna cosa, y que dormía en camisa sobre las barras que le trajeron para hacer fuego, el cual nunca había hecho, y que las meditaciones hacía sobre la nieve en un cortil [patio]. Como el Padre de esto supo, le dijo: «Yo pienso cierto que vos no habéis pecado en esto, antes habéis merecido mucho. Yo volveré antes de una hora á vos, y os diré lo que habéis de hacer»; y así se fué el Padre á una iglesia cercana á hacer oración, y su deseo era que Fabro estuviese tanto tiempo sin comer cuanto el mismo Padre había estado, para lo cual le faltaba poco; mas, aunque esto deseaba, no se atrevió el Padre á consentillo después de hecha oración, y así volvió á hacelle fuego y de comer. Maestro Francisco [Javier], ultra de su abstinencia grande, porque era en la isla de París uno de los mayores saltadores, se ató todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente, y así atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones» (2).

(1) El abad de Martinengo, de quien habla el P. Cámara en la página anterior.

(2) *Memorial*, 1.º de Abril de 1555.

Tales eran las maravillosas transformaciones que en los primeros Padres ejecutaban los Ejercicios. Por medio de ellos procuraba ante todo Ignacio acostumbrar á sus hijos á obrar por los grandes principios de la perfección evangélica, que todos se reducen al fin supremo de buscar siempre y en todo la mayor gloria de Dios. En la sexta parte de las Constituciones empieza el santo el cap. iv con estas palabras: «Como en la vida toda, así también en la muerte, y mucho más, debe cada uno de la Compañía esforzarse y procurar que Dios nuestro Señor sea en él glorificado y servido.» Glorificar á Dios en vida y en muerte, y glorificarle todo lo posible, he aquí el supremo anhelo de San Ignacio y lo primero que procuraba enseñar á sus discípulos. En unos breves avisos que el santo patriarca escribió, antes de las Constituciones, y dirigió al naciente colegio de Alcalá, leemos ante todo este documento: «Ternemos cuidado de guardar el corazón con mucha limpieza en el amor de Dios, de suerte que ninguna cosa amemos sino á Él, y con sólo Dios deseemos conversar, y con el prójimo por amor de Él, y no por nuestros gustos y pasatiempos.» Y poco más abajo: «No queramos ver ni hacer cosa que no se pueda hacer delante de Dios y de sus criaturas, y así nos imaginaremos siempre estar delante de Él» (1). Inútil es multiplicar ejemplos de este género, pues basta recordar que en las Constituciones repite de un modo ó de otro hasta ciento cuarenta veces la idea de la mayor gloria divina, como hombre que no acertaba á dar un paso sino movido por este supremo principio de la perfección evangélica.

c) Después de infundir á sus hijos este deseo interior, procuraba ejercitarlos en obras de mortificación y penitencia, para que no se quedase todo en deseos. Á todos mandaba servir por algún tiempo en la cocina y en otros ministerios humildes de la casa. De sí mismo cuenta el P. Nadal que le mandaba el santo algunas veces cavar en la huerta (2). Para este mismo ejercicio de la humildad y penitencia introdujo las pruebas de peregrinar y servir en los hospitales. Preguntóle un día el P. Luis González de Cámara porqué había instituído como prueba de los novicios las peregrinaciones. Respondió el santo: «Porque en mí mismo había experimentado cuánto apro-

(1) Nos han conservado estos avisos el P. Ribadeneira (*Hist. de la Asist. de España*, l. 1, c. vi), y el P. Castro (*Hist. del col. de Alcalá*, l. 11, c. ix).

(2) «*Jubebat me P. Ignatius fodere in horto cum suffulta pellibus veste.*» (*Epist. P. Nadal*, t. 1, p. 20.)

vechaban» (1). Esta experiencia de lo que aprovechaba la penitencia exterior y los actos de humildad y abnegación, ejercitados en público, fuera de la particular inspiración de que luego habla, movió sin duda al santo fundador á llevar por el mismo camino á sus hijos.

d) Estos actos de mortificación y humildad los imponía también Ignacio como penitencia de las faltas y como medio para traer al buen camino á los que se hubieran desviado de él. En los apuntes del P. Cámara observamos repetidas veces, que una de las mortificaciones que el santo exigía de los imperfectos, era el hacer alguna peregrinación á pie y pidiendo limosna. El año 1547, cuando el P. Polanco, joven recién salido de los estudios, por su celo indiscreto en aconsejar y dirigir á los duques de Toscana, puso en peligro de perderse la fundación del colegio que se proyectaba en Florencia, San Ignacio, para reparar esta falta y enseñar al inexperto joven, después de reprobado con palabras graves la indiscreción cometida, le da este consejo: «Deseo que por esas partes donde más desedificación se ha tenido, quier de vuestra persona, quier de todos nosotros, que ahí os ejercitádes en actos de mayor humildad, á mayor confusión del enemigo, del mundo y de la carne, así como sirviendo algunas horas del día á pobres en hospitales y consolando sus ánimas en confesiones y exhortaciones» (2).

Pero en esto de las penitencias y mortificaciones exteriores no gustaba tanto Ignacio de imponerlas, como de moderar las que los súbditos espontáneamente se impusiesen. Notemos lo que se dice en el fragmento citado más arriba acerca del fervor con que los primeros Padres hicieron los Ejercicios: que aquellas extraordinarias penitencias las hicieron *nemine persuadente*. Procuraba el santo patriarca despertar en el corazón de sus hijos un ardiente deseo de la perfección, y quería que de este interno deseo, y no del mandato extrínseco del superior, procediesen las penitencias de los súbditos. Véase esta táctica del santo descrita en el siguiente párrafo del P. Cámara: «Suele nuestro Padre mucho cooperar con las inclinaciones, *velut* concurriendo. No hace nunca, en cuanto se puede, violencia á ninguno, antes aun las cosas que no se hacen ordinariamente voluntariamente, como son disciplinas públicas y otras penitencias por defectos, el Padre ordena de manera que aquel tal las elija y las quiera, *imo* de lo que él elige hace quitar, de modo que siempre el

(1) *Memorial*, 17 de Febrero de 1555.

(2) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 328.

que hace la penitencia queda con amor y conocimiento que merecía más y sin amargura» (1).

Esta suavidad usaba Ignacio con los buenos religiosos, y que habían llegado á resignarse en la voluntad de los superiores. «Porque en los que no tenían esta indiferencia y abnegación propia, prosigue el P. Cámara, ó no descansaba Ignacio hasta verlos muertos á sus voluntades y juicios, ó, finalmente, los despedía de la Compañía» (2).

e) Y con esto llegamos al punto en que más insistía nuestro santo Padre, y en que deseaba se distinguiese todo hijo de la Compañía, la virtud de la santa obediencia. En una carta dirigida en 1547 á los Hermanos estudiantes del colegio de Gandía, les dice estas palabras sobre la obediencia al rector: «Toda la autoridad que yo si presente estuviese querría tener para mejor ayudaros, á mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor, toda aquella deseo tenga el rector para el mismo fin. Así que no le tengáis otro respeto que á mí mismo tendríades, antes ni á él ni á mí, mas á Jesucristo Señor nuestro, á quien en entrambos obedecéis y por él á sus ministros. Quien no se dispusiese á obedecer y dejarse regir al modo dicho, agora sea de los que presentes se hallan en Gandía, agora sea de los que sucederán, agora sea este rector, agora otro que en su lugar entrare por ordinación del que fuere Preósito General de la Compañía, dispóngase á tomar otra vía, dejando vuestra congregación y común vivir en ella, en la cual ninguno conviene ser que no pueda ó no quiera sojuzgarse á la obediencia así declarada» (3).

Pero donde San Ignacio desarrolló por completo su teoría de la obediencia, fué, como todos saben, en la célebre carta dirigida á los Padres y Hermanos de la Provincia de Portugal el 26 de Marzo de 1553 (4). Ya en otras había insinuado el santo sus ideas, y las había difundido oralmente en Roma, confirmándolas con la práctica. En este año los disturbios ocurridos en Portugal, que á tantos costaron la vocación, como á su tiempo lo veremos, determinaron al glorioso patriarca á redactar esta carta, que es un breve pero completo tratado sobre la obediencia religiosa. Parece que esta materia, no solamente la tenía bien pensada San Ignacio, sino que también la había consultado muy de propósito con los principales Padres de la Compañía.

Después de un suave exordio en que se congratula el santo con sus

(1) *Memorial*, 3 de Febrero de 1555.—(2) *Ibid.*—(3) *Cartas de San Ignacio*, t. II, p. 13.—(4) *Ibid.*, t. III, p. 184.

hijos de Portugal, por los vivos deseos de la perfección religiosa que Dios les da, y declarándoles cuánto ansía que los individuos de la Compañía se distinguan en la santa obediencia, asienta el principio fundamental en esta materia, cual es, que no se debe obedecer al superior por sus virtudes y talentos ó por otras razones naturales, sino porque tiene las veces y autoridad de Dios. El buen obediente no ha de recibir el mandato como salido de un hombre, sino como de Cristo nuestro Señor, que por medio del hombre le gobierna. Tres grados distingue San Ignacio por donde se sube á la perfección de esta virtud, que son: obediencia de ejecución, obediencia de voluntad y obediencia de entendimiento. El primero es muy bajo, y aunque baste para la sustancia de esta virtud, apenas merece el nombre de obediencia. Es preciso subir al segundo grado, conformando la voluntad con la voluntad del superior.

Pondera Ignacio la excelencia de este grado, por la excelencia del don que en él se ofrece, cual es la voluntad propia. Esto se entiende si el súbdito procede con sinceridad, y no procura mañosamente traer la voluntad del superior á la suya, pues en tal caso *no obedece él al prelado, sino el prelado á él*. Finalmente, exhorta nuestro santo Padre á subir al tercero y supremo grado, teniendo un mismo sentir con el superior y sometiendo el propio juicio al suyo. Demuestra breve, pero claramente, que este grado es posible, porque donde la evidencia no fuerza al entendimiento, como sucede ordinariamente, puede la devota voluntad inclinarse á sentir lo que el superior siente. Añade á continuación, que este grado es debido para que el holocausto de la obediencia sea completo. Enseña después cuán necesario sea para la práctica de esta virtud, pues si no hay obediencia de juicio, es muy difícil que la obediencia de voluntad y ejecución sea cual conviene. Habiendo diversidad de pareceres entre los súbditos y superiores, forzosamente han de brotar murmuraciones, quejas, excusas, dobleces y otras imperfecciones, y siempre será violento para el individuo y para la congregación, proceder en la obra contra las ideas y juicios que se guardan en la cabeza. Por fin ensalza el santo patriarca la sublimidad de este grado de obediencia, pues así el obediente se ofrece en holocausto perfecto á la Divina Majestad, vendiéndose por su amor en la parte más alta y difícil del hombre, cual es la voluntad y el entendimiento.

Y ¿cómo se llegará á tan sublime perfección? Á esto responde San Ignacio con San León, papa: «Ninguna cosa hay difícil á los humildes, ni áspera á los mansos.» Haya en vosotros humildad, haya man-

sedumbre, que Dios nuestro Señor dará gracia, con que suave y amorosamente le mantengáis siempre la oblación que le habéis hecho. Á este principio general añade nuestro santo Padre tres medios prácticos muy buenos. El primero es acostumbrarse á mirar en el superior á Jesucristo nuestro Señor; el segundo es tener amor á lo que la obediencia ordena, y el tercero, acostumbrarse á obrar de un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe, es decir, que presuponiendo ser bueno cuanto se manda, proceda la voluntad con todo brío á la ejecución, cerrando la puerta á las cavilaciones y juicios contrarios que sugiere el demonio. Esto es lo que suele llamarse, en lenguaje ascético, obediencia ciega. Toda esta doctrina de la obediencia debe aplicarse á todo súbdito respecto de cualquier legítimo superior, lo mismo al General cuando obedece al papa, que al ínfimo religioso cuando se somete al superior inmediato.

Esta célebre carta, reducida á unas cuantas reglas prácticas que tenemos en el sumario, forma la pauta de toda la Compañía en lo que toca á esta virtud. Es un error vulgar creer que la obediencia es en la Compañía una virtud diferente de la obediencia usada en otras religiones, y que entre nosotros reviste un carácter de misterioso fanatismo que no se descubre en otras congregaciones. Nuestra obediencia es la misma virtud que se usa en toda la Iglesia, entre religiosos y no religiosos. Podrá haber diferencia en el más y en el menos, pero la sustancia es la misma. Como el silencio del cartujo no es virtud distinta del silencio, v. gr., del franciscano, tampoco nuestra obediencia se distingue de la obediencia de cualquiera otro. Lo que hay de particular es que, como cada religión se distingue en alguna virtud y práctica piadosa, según el espíritu que Dios le ha comunicado, así la Compañía procura distinguirse en la virtud de la santa obediencia. De este modo, infundiendo en el corazón por medio de los Ejercicios un deseo ardentísimo de servir á Dios, reduciendo á la práctica ese deseo por medio de actos enérgicos de abnegación y penitencia, y gobernando toda la actividad humana por medio de la obediencia religiosa, disponía Ignacio á sus discípulos para llegar á una virtud y perfección eminente.

2. Y ¿cómo los industriaba para aprovechar espiritualmente á los prójimos? Claro está que Ignacio, como todos los maestros de espíritu, exigía como primera condición para convertir á los otros, el ejemplo de la vida santa y perfecta. En la séptima parte de las Constituciones, cap. iv, indicando el santo fundador los medios que tomaran los Nuestros para santificar al prójimo, escribe estas palabras: